

á la boca de Bradamiro, y se la cerró quitándole el movimiento de la lengua, y sacándole el alma, con que dejó admirados, atónitos y suspensos á cuantos allí estaban; pero no hizo tan á su salvo el tiro tan atrevido como cetero, que no recibiese por el mismo estilo la paga de su atrevimiento, porque un hijo de Corsicurbo el bárbaro, que se ahogó en el pasaje de Periandro, pareciéndole ser mas lijeros sus piés que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al capitan, y alzando el brazo le envainó en el pecho un puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte y agudo que si de acero forjado fuera. Cerró el capitan en sempiterna noche los ojos, y dió con su muerte venganza á la de Bradamiro; alborotó los pechos y los corazones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y en un instante, incitados de la venganza y cólera, comenzaron á enviar muertes en las flechas de unas partes á otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos ni los puñales, arremetieron los unos á los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, ántes como si de muchos tiempos atrás fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las uñas se despedazaban, y con los puñales se herian, sin haber quien los pusiese en paz.

Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes y entre estas muertes estaban juntos la antigua Cloelia, la doncella intérprete, Periandro y Auristela, todos apiñados y todos llenos de confusion y de miedo: en mitad desta furia llevados en vuelo algunos bárbaros, de los que debian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron á poner fuego á una selva, que estaba allí cerca, como á hacienda del gobernador: comenzaron á arder los árboles y á favorecer la ira el viento, que aumentando las llamas y el humo, todos temieron ser ciegos y abrasados; llegábase la noche, que aunque fuera clara, se escureciera, cuanto mas siendo oscura y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazaban, los estallidos del fuego, no en los corazones de los bárbaros ponian miedo alguno, porque estaban ocupados con la ira y la venganza; poníanle, sí, en los de los miserables apiñados, que no sabían qué hacerse, adónde irse, ó cómo valerse; y en esta sazón tan confusa no se olvidó el cielo de socorrerles por tan extraña novedad, que la tuvieron por milagro.

Ya casi cerraba la noche, y como se ha dicho, oscura y tenebrosa, y solas las llamas de la abrasada selva daban luz bastante para divisar las cosas, cuando un bárbaro mancebo se llegó á Periandro, y en lengua castellana, que dél fué bien entendida, le dijo: Sigüeme, hermosa doncella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo están, que yo os pondré en salvo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia y la intérprete se animasen y le siguiesen, y así pisando muertos y hollando armas, siguieron al jóven bárbaro que les guiaba: llevaban las llamas de la ardiente selva á las espaldas, que les servian de viento que el paso les alijerara: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela, no permitian que al paso de su guía tendiesen el suyo. Viendo lo cual el bárbaro robusto y de fuerzas así de Cloelia y se la echó al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela: la intérprete, ménos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguía: desta manera cayendo y levantando,

como decirse suele, llegaron á la marina, y habiendo andado como una milla por ella hácia la banda del norte, se entró el bárbaro por una espaciosa cueva, en quien la saca del mar entraba y salia: pocos pasos anduvieron por ella, torciéndose á una y otra parte, estrechándose en una y alargándose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pié y derechos, hasta que salieron, á su parecer, á un campo raso, pues les pareció que podian libremente enderezarse, que así se lo dijo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la oscuridad de la noche, y porque las luces de los encendidos montes, que entónces con mas rigor ardian, allí llegar no podian. Bendito sea Dios, dijo el bárbaro en la misma lengua castellana, que nos ha traído á este lugar, que aunque en él se puede temer algun peligro, no será de muerte: en esto vieron que hácia ellos venia corriendo una gran luz, bien así como cometa, ó por mejor decir, exhalacion que por el aire camina. Esperáranla con temor, si el bárbaro no dijera: Este es mi padre, que viene á recibirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabia hablar la lengua castellana, le dijo: El cielo te pague, ó ángel humano ó quien quiera que seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegó en esto la luz, que la traía uno al parecer bárbaro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cincuenta años le señalaba: llegando, puso la luz en tierra, que era un grueso palo de tea, y á brazos abiertos se fué á su hijo, á quien preguntó en castellano que qué le habia sucedido, que con tal compañía volvia. Padre, respondió el mozo, vamos á nuestro rancho, que hay muchas cosas que decir, y muchas mas que pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores de ella quedan hechos ceniza ó medio abrasados; estas pocas reliquias que aquí veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas y al filo de los bárbaros puñales: vamos, señor, como tengo dicho, á nuestro rancho, para que la caridad de mi madre y de mi hermana se muestre y ejercite en acariciar á estos mis cansados y temerosos huéspedes. Guió el padre, siguiéronle todos, animóse Cloelia, pues caminó á pié, no quiso dejar Periandro la hermosa carga que llevaba, por no ser posible que le diese pesadumbre, siendo Auristela único bien suyo en la tierra.

Poco anduvieron, cuando llegaron á una altísima peña, al pié de la cual descubrieron un anchísimo espacio ó cueva, á quien servian de techo y de paredes las mismas peñas; salieron con teas encendidas en las manos dos mujeres vestidas al traje bárbaro, la una muchacha de hasta quince años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosísima. La una dijo: ¡Ay padre y hermano mio! y la otra no dijo mas sino: Seais bien venido, regalado hijo de mi alma. La intérprete estaba admirada de oír hablar en aquella parte, y á mujeres que parecian bárbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraba, y cuando les iba á preguntar qué misterio tenia saber ellas aquel lenguaje, lo estorbó mandar el padre á su esposa y á su hija que aderezasen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueva: ellas le obedecieron, arrojando á las paredes las teas: en un instante solícitas y diligentes sacaron de otra cueva, que mas adentro se hacia, pieles de cabras y ovejas y de otros animales, con que quedó el suelo adornado, y se reparó el frio que comenzaba á fatigarles.

## CAPITULO V.

De la cuenta que dió de sí el bárbaro español á sus nuevos huéspedes.

Presta y breve fué la cena, pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa; renovaron las teas, y aunque quedó ahumado el aposento, quedó caliente: las vajillas que en la cena sirvieron, ni fueron de plata ni de Pisa: las manos de la bárbara y bárbaro pequeños, fueron los platos, y unas cortezas de árboles, un poco mas agradables que de coreho, fueron los vasos. Quedóse Candia lejos, y sirvió en su lugar agua pura, limpia y frigidísima; quedóse dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño que de otra cualquiera conversacion, por gustosa que sea. Acomodóla la bárbara grande en el segundo apartamiento, haciéndole de pieles así colchones como frazadas: volvió á sentarse con los demás, á quien el español dijo en lengua castellana desta manera: Puesto que estaba en razon que yo supiera primero, señores míos, algo de vuestra hacienda y sucesos, ántes que os dijera los míos, quiero por obligaros que los sepais, porque los vuestros no se me encubran despues que los míos hubiéredes oído.

Yo, segun la buena suerte quiso, nací en España, en una de las mejores provincias della: echáronme al mundo padres medianamente nobles, criáronme como ricos, llegué á las puertas de la gramática, que son aquellas por donde se entra á las demas ciencias, inclinóme mi estrella, si bien en parte á las letras, mucho mas á las armas: no tuve amistad en mis verdes años ni con Céres ni con Baco, y así en mí siempre estuvo Venus fria. Llevado pues de mi inclinacion natural, dejé mi patria, y fuíme á la guerra que entónces la majestad del César Carlos V hacia en Alemania contra algunos potentados della; fuéme Marte favorable, alcancé nombre de buen soldado, honróme el Emperador, tuve amigos, y sobre todo aprendí á ser liberal y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte cristiano: volví á mi patria honrado y rico, con propósito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres que aun vivían, y de los amigos que me esperaban; pero esta que llaman fortuna, que yo no sé lo que se sea, envidiosa de mí sosiego, volviendo la rueda, que dicen que tiene, me derribó de su cumbre adonde yo pensé que estaba puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hacerlo á un caballero, hijo segundo de un titulado que junto á mi lugar él de su estado tenia.

Este pues vino á mi pueblo á ver unas fiestas: estando en la plaza en una rueda ó corro de hidalgos y caballeros, donde yo tambien hacia número, volviéndose á mí, con ademan arrogante y risueño, me dijo: Bravo estáis, señor Antonio, mucho le ha aprovechado la plática de Flándes y de Italia, porque en verdad que está bizarro; y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondí (porque yo soy aquel Antonio): Beso á vuesa señoría las manos mil veces por la merced que me hace; en fin, vuesa señoría hace como quien es en honrar á sus compatriotas y servidores; pero con todo eso, quiero que vuesa señoría entienda que las galas yo me las llevé de mi tierra á Flándes, y con la buena crianza nací del vientre de mi madre; así que por esto ni merezco ser alabado ni vituperado, y con todo bueno ó malo que yo

sea soy muy servidor de vuesa señoría, á quien suplico me honre, como merecen mis buenos deseos. Un hidalgo que estaba á mi lado, grande amigo mio, me dijo, y no tan bajo que no lo pudo oír el caballero: Mirad, amigo Antonio, cómo habláis, que al señor don fulano no le llamamos acá señoría: á lo que respondió el caballero, ántes que yo respondiese: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dicen señoría. Bien sé, dije yo, los usos y las ceremonias de cualquiera buena crianza, y el llamar á vuesa señoría, señoría, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos ha de ser señoría, á modo de España; y yo por ser hijo de mis obras y de padres hidalgos, merezco el merced de cualquier señoría, y quien otra cosa dijere (y esto echando mano á mi espada) está muy lejos de ser bien criado; y diciendo y haciendo, le di dos cuchilladas en la cabeza muy bien dadas, con que le turbé de manera que no supo lo que le habia acontecido, ni hizo cosa en su desagravio que fuese de provecho, y yo sustenté la ofensa, estándome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero pasándosele la turbacion, puso mano á su espada, y con gentil brio procuró vengar su injuria; mas yo no le dejé poner en efecto su honrada determinacion, ni á él la sangre que le corria de la cabeza de una de las dos heridas.

Alborotáronse los circunstantes: pusieron mano contra mí: retiréme á casa de mis padres, contéles el caso, y advertidos del peligro en que estaba, me proveyeron de dineros y de un buen caballo, aconsejándome á que me pusiese en cobro, porque me habia granjeado muchos, fuertes y poderosos enemigos: hicelo así, y en dos dias pisé la raya de Aragon, donde respiré algun tanto de mi no vista priesa. En resolucion, con poco ménos diligencia me puse en Alemania, donde volví á servir al Emperador: allí me avisaron que mi enemigo me buscaba con otros muchos para matarme del modo que pudiese; temí este peligro, como era razon que lo temiese; volvíme á España, porque no hay mejor asilo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi á mis padres de noche, tornáronme á proveer de dineros y joyas, con que vine á Lisboa, y me embarqué en una nave, que estaba con las velas en alto para partirse á Inglaterra, en la cual iban algunos caballeros ingleses, que habian venido llevados de su curiosidad á ver á España, y habiéndola visto toda, ó por lo ménos las mejores ciudades della, se volvian á su patria.

Sucedió pues que yo me revolví sobre una cosa de poca importancia con un marinero inglés, á quien fué forzoso darle un bofetón: llamó este golpe la cólera de los demas marineros, y de toda la chusma de la nave, que comenzaron á tirarme todos los instrumentos arrojados que les vinieron á las manos; retiréme al castillo de popa, y tomé por defensa á uno de los caballeros ingleses, poniéndome á sus espaldas, cuya defensa me valió de modo, que no perdí luego la vida: los demas caballeros seosegaron la turba, pero fué con condicion, que me arrojasen á la mar, ó que me diesen el esquife ó barquilla de la nave, en que me volviese á España, ó adonde el cielo me llevase. Hizose así, diéronme la barca proveida con dos barriles de agua, uno de manteca y alguna cantidad de bizcocho: agradecí á mis valedores la merced que me hacian, entré en la barca con solos dos re-

mos, alargóse la nave, vino la noche oscura, halléme solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas; sin tomar otro camino que aquel que le concedía el no contrastar contra las olas ni contra el viento: alcé los ojos al cielo, encomendéme á Dios con la mayor devoción que pude, miré al norte, por donde distinguí el camino que hacia, pero no supe el paraje en que estaba. Seis días y seis noches anduve desta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos que en la fuerza de mis brazos, los cuales ya cansados y sin vigor alguno, del continuo trabajo, abandonaron los remos, que quité de los escalamos, y los puse dentro la barca, para servirme de ellos cuando el mar lo consintiese ó las fuerzas me ayudasen. Tendíme de largo á largo de espaldas en la barca, cerré los ojos, y en lo secreto de mi corazón no quedé santo en el cielo á quien no llamase en mi ayuda, y en mitad deste aprieto, y en medio desta necesidad (cosa dura de creer), me sobrevino un sueño tan pesado, que borraréme de los sentidos el sentimiento, me quedé dormido (tales son las fuerzas de lo que pide y ha menester nuestra naturaleza); pero allá en el sueño me representaba la imaginación mil géneros de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecía que me comían lobos y despedazaban fieras, de modo que dormido y despierto era una muerte dilatada mi vida.

Deste no apacible sueño me despertó con sobresalto una furiosa ola del mar, que pasando por cima de la barca, la llenó de agua: reconocí el peligro, volví, como mejor pude, el mar al mar, torné á valerme de los remos, que ninguna cosa me aprovecharon, vi que el mar se ensoberbecía, azotado y herido de un viento ábrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderío; vi que era simpleza oponer mi débil barca á su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerzas á su rigor: y así torné á recoger los remos, y á dejar correr la barca por donde las olas y el viento quisiesen llevarla. Reiteré plegarias, añadí promesas, aumenté las aguas del mar con las que derramaba de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraba, sino por el de la pena que mis malas obras merecían; finalmente no sé á cabo de cuantos días y noches que anduve vagabundo por el mar, siempre mas inquieto y alterado, me vine á hallar junto á una isla deshabitada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrían: lleguéme al abrigo de una peña, que en la ribera estaba, sin osar saltar en tierra por temor de los animales que habia visto, comí del bizcocho ya remojado, que la necesidad y la hambre no reparan en nada, llegó la noche ménos oscura que habia sido la pasada, pareció que el mar se sosegaba, y prometía mas quietud el venidero día, miré al cielo, vi las estrellas con aspecto de prometer bonanza en las aguas y sosiego en el aire.

Estando en esto, me pareció por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me servía de puerto se coronaba de los mismos lobos que en la marina habia visto, y que uno dellos (como es la verdad) me dijo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte á lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedazos por nuestras uñas y dientes; y no preguntes quién es el que esto te dice, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad entre

las mismas fieras. Si quedé espantado ó no, á vuestra consideración lo dejo; pero no fué bastante la turbación mia para dejar de poner en obra el consejo que se me habia dado: apreté los escalamos, até los remos, esforcé los brazos y salí al mar descubierto; mas como suele acontecer que las desdichas y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podré decir cuántos fueron los días que anduve por aquellos mares, tragando, no una, sino mil muertes á cada paso, hasta que arrebataada mi barca en los brazos de una terrible borrasca, me hallé en esta isla, donde dí al traves con ella, en la misma parte y lugar adonde está la boca de la cueva por donde aquí entrastes. Llegó la barca á dar casi en seco por la cueva adentro, pero volvíala á sacar la resaca: viendo yo lo cual, me arrojé della, y clavando las uñas en la arena, no dí lugar á que la resaca al mar me volviese; y aunque con la barca me llevaba el mar la vida, pues me quitaba la esperanza de cobrarla, holgué de mudar género de muerte, y quedarme en tierra; que como se dilata la vida, no se desmaya la esperanza.

A este punto llegaba el bárbaro español, que este título le daba su traje, cuando en la estancia mas adentro donde habian dejado á Cloelia se oyeron tiernos gemidos y sollozos; acudieron al instante con luces Auristela, Periandro y todos los demas á ver qué sería, y hallaron que Cloelia, arrimadas las espaldas á la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clavados en el cielo, y casi quebrados. Llegóse á ella Auristela, y á voces compasivas y dolorosas le dijo: ¿Qué es esto, ama mia? ¿Cómo, y es posible que me queiris dejar en esta soledad y á tiempo que mas he menester valerme de vuestros consejos? Volvió en sí algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dijo: Ves ahí, hija de mi alma, lo que tengo tuyo; yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece; pero si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la tuya, y de la mejor que es en mi mano le ofrezco mi vida: lo que te ruego es, señora mia, que cuando la buena suerte quisiere (que sí querrá) que te veas en tu estado, y mis padres aun fueren vivos, ó alguno de mis parientes, les digas cómo yo muero cristiana en la fe de Jesucristo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia católica romana; y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas veces pronunciando el nombre de Jesus, cerró los ojos en tenebrosa noche, á cuyo espectáculo tambien cerró los suyos Auristela con un profundo desmayo: hicieronse fuentes los de Periandro, y ríos los de todos los circunstantes: acudió Periandro á socorrer á Auristela, la cual vuelta en sí acrecentó las lágrimas y comenzó suspiros nuevos, y dijo razones que movieran á lástima á las piedras: ordenóse que otro día la sepultasen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la doncella bárbara y su hermano, los demas se fueron á reposar lo poco que de la noche les faltaba.

## CAPITULO VI.

Donde el bárbaro español prosigue su historia.

Tardó aquel día en mostrarse al mundo al parecer mas de lo acostumbrado, á causa que el humo y pavesas del incendio de la isla, que aun duraba, impedía que los rayos del sol por aquella parte no pasasen á la tierra: mandó el bárbaro español á su hijo que saliese de aquel sitio, como otras veces solia, y se informase de lo que

en la isla pasaba. Con alborotado sueño pasaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintió que Auristela durmiese, y el no dormir de Auristela tuvo en continua vigilia á Periandro, el cual con Auristela salió al raso de aquel sitio, y vió que era hecho y fabricado de la naturaleza, como si la industria y el arte le hubieran compuesto: era redondo, cercado de altísimas y peladas peñas, y á su parecer tanteó que bojava poco mas de una legua; todo lleno de árboles silvestres, que ofrecían frutos, si bien ásperos, comestibles á lo ménos. Estaba crecida la yerba, porque las muchas aguas que de las peñas salían las tenían en perpetua verdura, todo lo cual le admiraba y suspendía, y llegó en esto el bárbaro español, y dijo: Venid, señores, y darémos sepultura á la difunta, y fin á mi comenzada historia: hicieronlo así, y enteraron á Cloelia en lo hueco de una peña, cubriéndola con tierra y con otras peñas menores. Auristela le rogó que le pusiese una cruz encima, para señal de que aquel cuerpo habia sido cristiano. El español respondió que él traería una gran cruz que en su estancia tenia, y la pondría encima de aquella sepultura: diéronle todos el último vale, renovó el llanto Auristela, cuyas lágrimas sacaron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues que el mozo bárbaro volvía, se volvieron todos á encerrar en el cóncavo de la peña donde habian dormido, por defenderse del frio que con rigor amenazaba; y habiéndose sentado en las blandas pieles, pidió el bárbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma:

Cuando me dejó la barca en que venía en la arena, y la mar tornó á cobrarla, ya dije que con ella se me fué la esperanza de la libertad, pues aun ahora no la tengo de cobrarla; entré aquí dentro, vi este sitio, y parecióme que la naturaleza le habia hecho y formado para ser teatro donde se representase la tragedia de mis desgracias; admiróme el no ver gente alguna, sino algunas cabras monteses y animales pequeños de diversos géneros; rodeé todo el sitio, hallé esta cueva cavada en estas peñas, y señaléla para mi morada; finalmente, habiéndolo rodeado todo, volví á la entrada, que aquí me habia conducido, por ver si oía voz humana, ó descubria quien me dijese en qué parte estaba; y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenían olvidado, me depararon una muchacha bárbara de hasta edad de quince años, que por entre las peñas, riscos y escollos de la marina, pintadas conchas y apetitoso marisco andaba buscando: pasmóse viéndome, pegáronse los pies en la arena, soltó las cogidas conchuelas, y derramósele el marisco, y cogiéndola entre mis brazos sin decirle palabra, ni ella á mí tampoco, me entré por la cueva adelante, y la traje á este mismo lugar donde agora estamos: púsela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro con las mias, y hice todas las señales y demostraciones que pude para mostrarme blando y amoroso con ella. Ella, pasado aquel primer espanto, con atentísimos ojos me estuvo mirando, y con las manos me tocaba todo el cuerpo, y de cuando en cuando, ya perdido el miedo, se reía y me abrazaba, y sacando del seno una manera de pan hecho á su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me habló, y á lo que despues acá he sabido, en lo que decia me rogaba que comiese: yo lo hice así porque lo habia bien menester: ella me asíó por la mano, y me llevó á

aquel arroyo, que allí está, donde asimismo por señas me rogó que bebiese. Yo no me hartaba de mirarla, pareciéndome ántes ángel del cielo que bárbara de la tierra: volví á la entrada de la cueva, y allí con señas y con palabras, que ella no entendía, le supliqué, como si ella las entendiera, que volviese á verme: con esto la abracé de nuevo, y ella simple y piadosa me besó en la frente, y me hizo claras y ciertas señas de que volvería á verme: hecho esto, torné á pisar este sitio, y á requerir y probar la fruta de que algunos árboles estaban cargados, y hallé nueces y avellanas y algunas peras silvestres: di gracias á Dios del hallazgo, y alenté las desmayadas esperanzas de mi remedio: pasé aquella noche en este mismo lugar, esperé el día, y en él esperé tambien la vuelta de mi bárbara hermosa, de quien comencé á temer y á recelar que me habia de descubrir y entregarme á los bárbaros, de quien imaginé estar llena esta isla; pero sacóme deste temor el verla volver algo entrado el día, bella como el sol, mansa como una cordera, no acompañada de bárbaros que me prendiesen, sino cargada de bastimentos que me sustentasen.

Aquí llegaba de su historia el español gallardo, cuando llegó el que habia ido á saber lo que en la isla pasaba, el cual dijo, que casi toda estaba abrasada, y todos ó los mas de los bárbaros muertos, unos á hierro, y otros á fuego, y que si algunos habia vivos, eran los que en algunas balsas de maderos se habian entrado al mar por huir en el agua el fuego de la tierra; que bien podían salir de allí, y pasear la isla por la parte que el fuego les diese licencia, y que cada uno pensase qué remedio se tomara para escapar de aquella tierra maldita; que por allí cerca habia otras islas de gente ménos bárbara habitadas; que quizá mudando de lugar, mudarian de ventura. Sosegáte, hijo, un poco, que estoy dando cuenta á estos señores de mis sucesos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dijo la bárbara grande, en referirlos tan por extenso, que podrá ser que te canses, ó que canses: déjame á mí que cuente lo que queda, á lo ménos hasta este punto en que estamos. Soy contento, respondió el español, porque me le dará muy grande el ver cómo las relatas.

Es pues el caso, replicó la bárbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante para que de mí y de mi esposo naciese esta muchacha y este niño: llamo esposo á este señor, porque ántes que me conociese del todo, me dió palabra de serlo, al modo que él dice que se usa entre verdaderos cristianos: háme enseñado su lengua, y yo á él la mia, y en ella ansimismo me enseñó la ley católica cristiana: dióme agua de bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que él me ha dicho que en su tierra se acostumbran; declaróme su fe como él la sabe, la cual yo asenté en mi alma y en mi corazón, donde le he dado el crédito que he podido darle: creo en la santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, tres personas distintas, y que todas tres son un solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espíritu Santo, no son tres dioses distintos y apartados, sino un solo Dios verdadero: finalmente, creo todo lo que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, regida por el Espíritu Santo y gobernada por el Sumo Pontífice, vicario y visorey de Dios en la tierra, sucesor legítimo

de S. Pedro, su primer pastor despues de Jesucristo, primero y universal pastor de su esposa la Iglesia. Dijo-me grandezas de la siempre Virgen Maria reina de los cielos y señora de los ángeles y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espíritu Santo, amparo y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo por parecerme que las dichas bastan para que entendais que soy católica cristiana. Yo simple y compasiva le entregué un alma rústica, y él (merced á los cielos) me la ha vuelto discreta y cristiana: entreguéle mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia á nadie, y deste entrega resultó haberle dado dos hijos, como los que aquí veis, que acrecientan el número de los que alaban al Dios verdadero; en veces le traje alguna cantidad de oro de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el día, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision, y nos lleve adonde con libertad y certeza y sin escrúpulo seamos unos de los del rebaño de Cristo, en quien adoro, en aquella cruz que allí veis. Esto que he dicho me pareció á mí era lo que le faltaba por decir á mi señor Antonio, que así se llamaba el español bárbaro, el cual dijo: Dices verdad, Riela mia, que este era el propio nombre de la bárbara, con cuya variable historia admiraron á los presentes, y despertaron mil alabanzas que les dieron, y mil buenas esperanzas que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedó aficionadísima á las dos bárbaras, madre y hija.

El mozo bárbaro, que tambien como su padre se llamaba Antonio, dijo á esta sazón no ser bien estar allí ociosos, sin dar traza y orden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que á mas andar ardia, sobrepujase las altas sierras, ó traídas del viento cayesen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dices verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dijo Riela, que aguardemos dos días, porque de una isla que está tan cerca desta, que algunas veces, estando el sol claro y el mar tranquilo, alcanzó la vista á verla, della vienen á esta sus moradores á vender y á trocar lo que tienen con lo que tenemos, y á trueco por trueco. Yo saldré de aquí, y pues ya no hay nadie que me escuche ó que me impida, pues ni oyen ni impiden los muertos, concertaré que me vendan una barca, por el precio que quisieren, que la he menester para escaparme con mis hijos y mi marido, que encerrados en una cueva tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes á defender que no entre agua por los costados; pero á lo que he visto y notado, nunca ellos navegan sino con mar sosegado, y no traen aquellos lienzos que he visto que traen otras barcas, que suelen llegar á nuestras riberas á vender doncellas ó varones para la vana supersticion que habréis oído decir que en esta isla há muchos tiempos que se acostumbra: por donde vengo á entender que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande y de las borrascas y tormentas que dicen que suceden á cada paso. A lo que añadió Periandro: ¿No ha usado el señor Antonio deste remedio en tantos años como há que está aquí encerrado? No, respondió Riela; porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar excusa que dar para la compra. Así es, dijo Anto-

nio, y no por no fiarme de la debilidad de los bajeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Riela estará atenta á ver cuando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio comprará una barca con todo el necesario matalaje, diciendo que la quiere para lo que tiene dicho.

En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego habia hecho y las armas: vieron mil diferentes géneros de muertes de quien la cólera, sinrazon y enojo suelen ser inventores: vieron asimismo, que los bárbaros que habian quedado vivos, recogiendo á sus balsas, desde léjos estaban mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se habian pasado á la isla, que servia de prision á los cautivos. Quisiera Auristela que pasaran á la isla, á ver si en la oscura mazmorra quedaban algunos; pero no fué menester, porque vieron venir una balsa, y en ella hasta veinte personas, cuyo traje dió á entender ser los miserables que en la mazmorra estaban. Llegaron á la marina, besaron la tierra y casi dieron muestras de adorar el fuego, por haberles dicho el bárbaro que los sacó del calabozo oscuro, que la isla se abrasaba, y que ya no tenían que temer á los bárbaros. Fuéron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que le fué posible; algunos contaron sus miserias, y otros les dejaron en silencio, por no hallar palabras para decirlas. Riela se admiró de que hubiese habido bárbaro tan piadoso que los sacase, y de que no hubiesen pasado á la isla de la prision parte de aquellos que á las balsas se habian recogido; uno de los prisioneros dijo, que el bárbaro que los habia libertado (en lengua italiana) les habia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejándoles que pasasen á ella á satisfacerse de sus trabajos con el oro y perlas que en ella hallarian, y que él vendria en otra balsa, que allá quedaba, á tenerles compañía, y á dar traza en su libertad.

Los sucesos que contaron fueron tan diferentes, tan extraños y tan desdichados, que unos les sacaban las lágrimas á los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir hácia la isla hasta seis barcas, de aquellas de quien Riela habia dado noticia: hicieron escala, pero no sacaron mercadería alguna, por no parecer bárbaro que la comprase. Concertó Riela todas las barcas con las mercancías, sin tener intencion de llevarlas; no quisieron venderle sino las cuatro, porque les quedasen dos para volverse: hizose el precio con liberalidad notable, sin que en él hubiese tanto mas cuanto. Fué Riela á su cueva, y en pedazos de oro no acuñado, como se ha dicho, pagó todo lo que quisieron: dieron dos barcas á los que habian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la una todos los bastimentos que pudieron recoger, con cuatro personas de las recién libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre y Antonio el hijo con la hermosa Riela y la discreta Transila, y la gallarda Constanza hija de Riela y de Antonio: quiso Auristela ir á despedirse de los huesos de su querida Cloelia, acompañáronla todos, horó sobre la sepultura, y entre lágrimas de tristeza, y entre muestras de alegría volvieron á embarcarse, habiendo primero en la marina hincándose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y devota oracion les diese feliz viaje, y los enseñase el camino que tomarian. Sirvió la barca de Perian-

dro de capitana, á quien siguieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenían, llegó á la orilla del mar un bárbaro gallardo, que á grandes voces en lengua toscana dijo: Si por ventura sois cristianos los que vais en esas barcas, recoged á este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Uno de las otras barcas dijo: Este bárbaro, señores, es el que nos sacó de la mazmorra; si quereis corresponder á la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su plática á los de la barca primera), bien será que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le haceis recogiendo en nuestra compañía. Oyendo lo cual Periandro, le mandó llegase su barca á tierra y le recogiese en la que llevaba los bastimentos: hecho este alzaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos dieron alegre principio á su viaje.

## CAPITULO VII.

Navegan desde la isla bárbara á otra isla que descubrieron.

Cuatro millas poco mas ó ménos habrian navegado las cuatro barcas, cuando descubrieron una poderosa nave, que con todas las velas tendidas y viento en popa, parecia que venia á embestirlas. Periandro dijo, habiéndola visto: Sin duda este navío debe ser el de Arnaldo, que vuelve á saber de mi suceso, y tuviéralo yo por muy bueno agora no verle. Habia ya contado Periandro á Auristela todo lo que con Arnaldo le habia pasado, y lo que entre los dos dejaron concertado. Turbóse Auristela, que no quisiera volver al poder de Arnaldo, de quien habia dicho, aunque breve y sucintamente, lo que en un año que estuvo en su poder le habia acontecido: no quisiera ver juntos á los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo y de Periandro, todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaba, y mas que ¿quién le quitaría á Periandro no estar celoso, viendo á los ojos tan poderoso contrario? que no hay discrecion que valga, ni amorosa fe que asegure el enamorado pecho, cuando por su desventura entran en él celosas sospechas; pero de todas estas le aseguró el viento, que volvió en un instante el soplo, que daba de lleno y en popa á las velas en contrario, de modo que á vista suya y en un momento breve dejó la nave derribar las velas de alto abajo, y en otro instante, casi invisible, las izaron y levantaron hasta las gaviyas, y la nave comenzó á correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongándose de las barcas con toda priesa.

Respiró Auristela, cobró nuevo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrándose en la nave, que por su grandeza mas seguridad de las vidas y mas felice viaje pudiera prometerles. En ménos de dos horas se les encubrió la nave, á quien quisieran seguir si pudieran; mas no les fué posible, ni pudieron hacer otra cosa que encaminarse á una isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieve hacian parecer que estaba cerca, distando de allí mas de seis leguas. Cerraba la noche algun tanto oscura, picaba el viento largo y en popa, que fué mucho alivio á los brazos, que volviendo á tomar los remos, se dieron priesa á tomar la isla. La media noche sería, segun el tanteo que el bárbaro Antonio hizo del norte y de las guardas, cuando llegaron á ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, die-

ron con las barcas en tierra, y á fuerza de brazos las vararon.

Era la noche fria de tal modo, que les obligó á buscar reparos para el hielo, pero no hallaron ninguno: ordenó Periandro que todas las mujeres se entrasen en la barca capitana, y apiñándose en ella, con la compañía y estrechez templasen el frio: hizose así, y los hombres hicieron cuerpo de guarda á la barca, paseándose como centinelas de una parte á otra, esperando el día para descubrir en qué parte estaban, porque no pudieron saber por entónces si era ó no despoblada la isla; y como es cosa natural que los cuidados destierren el sueño, ninguno de aquella cuidadosa compañía pudo cerrar los ojos; lo cual visto por el bárbaro Antonio, dijo al bárbaro italiano que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche, fuese servido de entretenerles contándoles los sucesos de su vida, porque no podian dejar de ser peregrinos y raros, pues en tal traje y en tal lugar le habian puesto. Haré yo eso de muy buena gana, respondió el bárbaro italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nuevas y tan extraordinarias, no me habeis de dar crédito alguno. A lo que dijo Periandro: En las que á nosotros nos han sucedido nos hemos ensayado y dispuesto á creer cuantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguémonos aquí, respondió el bárbaro, al borde desta barca, donde están estas señoras, quizá alguna al son de la voz de mi cuento se quedará dormida, y quizá alguna, desterrando el sueño, se mostrará compasiva; que es alivio al que cuenta sus desventuras ver ó oír que hay quien se duela dellas. A lo ménos por mí, respondió Riela de dentro de la barca y á pesar del sueño, tengo lágrimas que ofrecer á la compasion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas: casi lo mismo dijo Auristela, y así todos rodearon la barca, y con atento oído estuvieron escuchando lo que el que parecia bárbaro decia, el cual comenzó su historia desta manera.

## CAPITULO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

Mi nombre es Rutilio, mi patria Sena, una de las mas famosas ciudades de Italia, mi oficio maestro de danzar, único en él, y venturoso, si yo quisiera. Habia en Sena un caballero rico, á quien el cielo dió una hija mas hermosa que discreta, á la cual trató de casar su padre con un caballero florentin, y por entregársela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltaban, quiso que yo la enseñase á danzar; que la gentileza, gallardía y disposicion del cuerpo en los bailes honestos mas que en otros pasos se señalan, y á las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forzosas que les pueden suceder. Entré á enseñarla los movimientos del cuerpo; pero movió los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindió la suya á la mia; y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mis desgracias, hizo que para que los dos nos gozásemos, yo la sacase de en casa de su padre, y la llevase á Roma; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos llevan á las espaldas el castigo (pues siempre se teme), en el camino nos prendieron á los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confesion y la mia, que fué decir que yo llevaba á mi